

Folletín de «EL LABARO»

PÁGINAS BREVES

PILARITA Y SU ABUELO

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodriguez

Plazuela de Carvajal, número 5

1900

PÁGINAS BREVES

PILARITA Y SU ARBUELO

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez

Plaza de Cervantes, número 3

1900



PILARITA Y SU ABUELO

Llegaba Pilarita del Colegio de las Hermanas, alegre como unas Pascuas y retozando como las brisas del mes de Mayo entre las flores, y echóse en los brazos de la mamá, al tiempo que el médico salía de la habitación del abuelo que estaba gravemente enfermo.

—¡Malo está el abuelo! dijo el doctor. No tenemos hombre para ocho días.

Y después de avisar que podían administrarle los Sacramentos, se despidió.

—¡Virgen del Rosario! bulbuceó casi llorando la señora, no permitáis que el abuelito muera impenitente!

Pilarita no comprendió el sentido de estas

palabras, y cubriendo á su madre de besos dijo:

—Mamá, ¿por qué llora V.?

—Hija mía, porque el abuelito se nos muere dentro de pocos días, según dice el médico.

—Recemos por él á la Virgen, dijo la candorosa niña, pues ayer nos enseñó la Hermana que cuandouviésemos algún enfermo que estuviese muy malo y á punto de morir, si rezáramos por él á la Virgen, no moriría sin Sacramentos y la Virgen se lo llevaría al cielo.

Rezaron la madre y la hija algunas *Ave Marías*; y pensando la niña que ya estaba concluido todo el negocio, fué saltando á comunicar al abuelito tan buena nueva.

—¡Abuelito! Buenos días tenga V.: ya hemos rezado con mamá á la Virgen para que le lleve á V. al cielo.

—¿Hija mía, qué estás diciendo? ¿Tan pronto quieres que me muera?

—Yo, no; pero como el médico ha dicho á mamá que V. se iba á morir, hemos rezado á la Virgen para que no muera V. sin Sacramentos y la Virgen le lleve al Cielo.

—¿Cómo es eso? dijo el enfermo incorporán-

dose. ¿Eso ha dicho el médico, que yo estaba tan malo?

—Si, señor: ha dicho que V. no vivirá ocho días.

Dió el abuelo un profundo gemido al oír estas palabras de su inocente y amada nieta; y disimulando el dolor que le causaban, para que siguiese ella hablándole y distrayéndole, como solía, la preguntó:

—¿Y cómo sabes tú que la Virgen me ha de llevar al cielo?

—Porque he rogado por V.: y en el Colegio nos dijeron que si rogábamos á la Virgen por algún enfermo de nuestra casa, no moriría en pecado mortal, sino que recibiría los Santos Sacramentos y se confesaría muy bien y recibiría el Viático, que es la Sagrada Comunión que se da á los enfermos, aunque no estén en ayunas, y que nuestro Señor le perdonaría todos los pecados y la Virgen le llevaría al cielo.

—Pero hija, ¿quien te ha enseñado todas estas cosas?

—La H. Rosa: y también nos dijo que cuando nosotras estuviésemos enfermas y muy malas, pidiésemos los Santos Sacramentos sin esperar que nos avisasen, y que entonces hi-

ciéramos la mejor confesión y comunión de nuestra vida; porque con aquella buena confesión quedaría nuestra alma tan pura como un ángel, y con la comunión estaría más hermosa que el sol, y con la Extremaunción, que es el último sacramento, y una indulgencia plenaria, volaría derechita al cielo.

—Pero hija: ¿cómo me hablas hoy de cosas tan tristes?

—¿Triste? Pues yo pensaba, abuelito, que eran cosas alegres y muy buenas, tanto, que mientras nos las decía la Hermana, deseaba yo morirme para ir pronto al cielo á gozar con los angelitos.

—¡Ah! Tú eres una criatura inocente, murmuró el abuelo enjugándose los ojos llenos de lágrimas.

—Y V., abuelito, es más dichoso que yo, porque irá antes al cielo; pero yo, aunque moriré más tarde, también iré al cielo; y allí le veré á V. y le daré besos como ahora. ¡Qué bien estaremos allí, abuelito, con la abuelita y con mamá y con papá y con todos mis hermanitos y con los Angeles y la Virgen Santísima y nuestro Señor!

Después refirió Pilarita á su querido abue-

lo el regalo que la había prometido la Hermana, si recitaba bien una poesía á la Divina Pastora en la próxima distribución de premios y como el abuelito le rogara que se la declamase, la niña, que ya la sabía de memoria, con gracia sin igual la recitó diciendo:

Divina Pastora,
Madre la más tierna
Oye los balidos
De estas tus ovejas.
Al Pastor divino,
O Pastora bella,
Haz que presurosas
Para siempre vuelvan,
Vuelvan al aprisco
Tristes, macilentas,
Por haber pastado
Venenosas hierbas.
Mas ya arrepentidas,
Y en llanto deshechas,
Busquen en tus brazos
Su esperanza cierta.

Las ideas de estos versos y las demás palabras de Pilarita claváronse como saetas amorosas en el corazón del abuelo, que era en verdad una oveja descarriada, triste y macilenta,

que se había alimentado de hierba venenosa y había llevado una vida tan inútil y vana como la misma vanidad del mundo: y juzgando que Dios le llamaba á sí por las palabras que había puesto en la boca de aquella criatura angelical, llamóla poco después y la dijo al oído:

—Hija mía, dí á tu mamá que llame á un sacerdote, que el abuelito quiere confesarse.

Corrió la niña, y se lo dijo á la madre, la cual exclamó llena de espanto:

—¿Chiquilla, qué dices?

—Que el abuelito quiere confesarse.

—¿Pero quién le ha avisado que había de recibir los Sacramentos?

—Yo.

—¿Qué le has dicho?

—Que se moriría dentro de ocho días, como ha dicho el médico.

—¡Dios mío! ¡Qué imprudencia! ¡Qué atrevimiento el de esta chiquilla! ¿Y por qué habías de decirle estas cosas?

—Porque como quiero tanto al abuelito, deseo que cuando se muera se vaya al cielo.

—¡Ay! ¡Qué susto habrá recibido!

—No sé: pero mire V., mamá, la Hermana

nos dijo que era mejor ir con susto al cielo que sin susto al infierno.

Entró la señora en el aposento del enfermo para disculparse, y lo halló tan blando, que sin hacer él ningún caso de las excusas, la rogó que llamase á un sacerdote para arreglar el negocio de su alma. Aquel mismo día recibió los Santos Sacramentos, y con ellos tan grande tranquilidad, resignación y confianza en la infinita bondad de Dios, que parecía otro hombre. De hombre del mundo parecía haberse trocado en un santo.

Deploraba la vanidad y los extravíos de su vida pasada, y besaba con amoroso afecto un pequeño crucifijo y una medalla de la Virgen que Pilarita le había traído, y suspiraba cada vez más por salir de las miserias de la vida mortal y entrar en la felicidad de la vida eterna que Jesucriste ha prometido á todos los pecadores que se convierten.

Cinco días después el dichoso abuelo agonizaba: y oprimiendo con amorosa confianza sobre su corazón el crucifijo de Pilarita, llamaba á la niña con voz desmayada diciendo:

—¡Pilarita! ¡Pilarita! ¿Dónde estás?

—Aquí estoy, respondió ella, acercándose á

la cama y tomándole la mano helada que él la tendía.

Entonces con palabras entrecortadas dijo el abuelito moribundo:

—Dios te bendiga, hija mía, porque has salvado á tu abuelito.

Y momentos después espiró en la paz del Señor.

Aprendan, pues, este ejemplo las niñas y los niños, y también los que no lo son; y si se halla en peligro de muerte alguno de tu familia, no dejes de avisarle con toda la suavidad posible y sin demasiado temor de asustarlo, que reciba los Santos Sacramentos.

Si vieras arder la casa de tu padre ó amigo, ¿no le avisarías aunque supieses que por ello había de sobresaltarse? Si te hubiese de dejar su hacienda ¿no le molestarías para que hiciese testamento? Pues si de veras le amas y quieres su bien, avísale para que acuda con tiempo á salvar los intereses de su alma que valen mil veces más que todos los intereses de la tierra. Ya comprendes que la mayor obra de caridad de todas las que pueden hacerse es procurar la salvación de un moribundo. Salva, pues, el alma de tu padre, de tu madre, de

tu amigo ó de tu prójimo; y si logras salvar su alma, has salvado la tuya, dice San Agustín; y entiende, que cuando llegue tu hora de pasar también de esta vida, aquella alma saldrá á recibirte en el cielo para darte llena de gozo las más afectuosas gracias, porque acaso por tu caridad se libró de las penas del infierno y goza eternamente de la felicidad del Paraíso.

FIN

